

go, llegó claramente al oído avizor de la Condesa; y luego, sacando de una vesta una llave,

—Toma—dijo presentándola á Sancha:—ésta es la llave del calabozo de Bimarano. En vano la buscaria Adosinda, porque la guardo yo: ve á verle y consigue saber de él el paradero de tu hijo.

La Condesa echó los brazos al cuello del Monarca, y murmuró un *¡adiós!* melancólico y tierno, que se confundió con el rumor de un beso.

El Rey salió de la estancia ebrio y trastornado, pero llevando impresa en sus facciones una alegría siniestra.

Sancha le siguió con los ojos y luego lanzó un suspiro de felicidad.

—¡Yo no le amo!—murmuró al verse sola;—¡oh, no! ¡le aborrezco por su brutal fiereza! ¡pero ostenta una corona y su brillo deslumbra mi vista y conmueve mi helado corazón!

Al decir estas palabras, se aproximó á una mesa y roció con bálsamo las heridas de su brazo.....

Mientras tenía lugar la escena precedente, Adosinda había contado á la Reina su entrevista con la Condesa. Cuando Munia oyó que consentía en ver á Bimarano, brilló en sus ojos una lágrima de ventura.

—¡Bendita seas, hermana mía!—exclamó

abrazando amorosamente á la Princesa;—¡bendita seas tú, que haces tanto bien! ¡Yo os acompañaré á Sancha y á ti á la prisión del Infante, y mi presencia os servirá de escudo si os amenaza el enojo del Rey!

## VIII

### LA SANGRE EN LA FRENTE

Las once y media de aquella misma noche señalaba la luna clara y serena, brillando en el ancho firmamento, cuando la Reina Munia entraba en una espaciosa cámara del castillo real, precedida del anciano y fiel Antar, que la alumbraba con una tea; un instante después entraban también en ella Adosinda y Sancha, envueltas en largos mantos negros.

Antar sacó un gran manojo de llaves, que llevaba pendiente de la cintura, y abrió una puerta, apareciendo una escalera tortuosa, estrecha abierta en la roca viva, é iluminada con una tea colocada en una estaca fija en la pared. El anciano, obedeciendo á una señal de la Reina, bajó el primero.

—¿No era mejor cerrar esta puerta, señora?—dijo Adosinda á la Reina.

—¿Para qué?—contestó Munia:—nadie puede venir por aquí.

Ambas bajaron la escalera precedidas de Antar, y Sancha las siguió sombría y silenciosa.

Al final de los mohosos peldaños, se veían dos anchas puertas de hierro, y la comitiva se detuvo junto á una de ellas.

—¿No me has dicho que tenías la llave del calabozo, Adosinda?—dijo la Reina dirigiéndose á la joven.

—Aquí está, señora,—contestó ésta sacando una que presentó á la Reina, y echando á la Condesa una mirada de inteligencia.

Sancha, por no comprometerse á los ojos de la Reina, había entregado la llave, que había recibido del Rey, á la Infanta, sin que ésta en su inocencia se hubiese detenido á pensar de qué manera se la podía haber procurado.

La Reina dió la enorme y enmohecida llave á Antar, y no bien éste abrió la puerta, se encontraron todos cara á cara con el preso.

El infeliz Príncipe había conocido por el eco de las voces á las personas que se acercaban; juzgando por su propio corazón, tan amante, tan leal, no dudó un momento que Sancha, accediendo á las súplicas de Adosinda, iría á verle; y no bien se apercibió de la voz de su hermana, se lanzó á la puerta para acelerar de este modo el ansiado instante de volver á estrechar contra su pecho á la madre de su hijo.

—¡Sancha mía!—exclamó al verla, con voz temblorosa por la emoción y tendiéndole sus brazos; pero ésta permaneció inmóvil y helada, en tanto que la Reina y la Infanta sentían prensados sus corazones al solo aspecto de aquella horrible y reducida mazmorra.

Estaba abierta en la cavidad de una de las rocas sobre que se asentaba el castillo real, y no tenía más que un pequeño agujero, que transmitía aire y luz; pero era tan estrecho, que, á través de él, con dificultad había podido un solo lucero recrear y animar los ojos del prisionero.

Aquel lucero, sin embargo, había sido el único consuelo del Infante; aquel lucero debía estar bendito por Dios, porque resplandecía más que ningún otro de los infinitos que bordaban el ancho firmamento.

No había en el calabozo otro mueble que un gran banco de madera, que así debía servir al preso de asiento como de lecho; veíase además en un rincón un jarro de hierro lleno de agua y un enorme pan negro, que aún no había sido empezado.

Gruesas lágrimas se deslizaban de los ojos de las dos Princesas, no obstante que no era ya la primera vez que bajaban á aquel sepulcro: la fisonomía ruda y leal de Antar estaba también profundamente alterada; sólo la Condesa permanecía helada é impassible.

—He accedido á tus deseos, señor—dijo ésta en voz alta y aproximándose al Infante;—he accedido á tus deseos viniendo aquí, con la esperanza de saber de tu boca el paradero de mi hijo.

Al escuchar aquel acento, frio y duro como el hierro, una generosa indignación cubrió de carmin las bellas facciones de la Reina, en tanto que el blanco rostro de Adosinda se vestía de una mortal palidez.

También palideció el Infante; pero dominando en lo posible su emoción, contestó con voz temblorosa:

—Yo ignoro, como tú, la suerte de mi hijo, Sancha.

El Infante acababa de conocer lo que valía la mujer á quien tanto había amado, y se abstuvo de decirle que el niño estaba bajo la protección de la Reina.

—Yo quiero saber dónde se halla mi hijo,—dijo friamente la Condesa, después de asegurarse con una rápida mirada de que el Rey D. Fruela estaba en la escalera.

—Tu hijo está en salvo, Sancha.

—¿Dónde?

—No lo sé—repuso Bimarano, cuya expresiva fisonomía se había descompuesto de una manera horrible.—Pero ¿cómo es posible, Sancha, que tan poco interés te inspire la desdichada suerte del padre de ese hijo? ¿Acaso—prosignió temblando convulsivamente,—acaso ya no me amas?

—Nunca te amé, señor,—dijo la Condesa mirando siempre hacia la escalera y sin reparar en la alteración de las facciones de Bimarano, que quedó como herido de un rayo.

Sus grandes ojos negros, engrandecidos aún más por la extremada flacura de su rostro, despidieron centellas, y la sangre ardorosa de su padre Alfonso el Católico se inflamó de súbito en sus venas.

—¡Traidora!—exclamó precipitándose sobre la Condesa;—¡traidora! ya que por ti me veo hundido en este sepulcro, ¡ven á partirme conmigo!

Y el Infante, extraviado por la fiebre, que habían producido en él el hambre, el horror del calabozo y el golpe que acababa de destrozar su corazón, arrastró á la Condesa al fondo de su prisión.

Sancha lanzó un grito penetrante, retorciéndose como una leona furiosa entre los brazos del Infante; pero antes que espirase su voz, el Rey D. Fruela se precipitó en el calabozo con el puñal desenvainado.

El Rey arrancó á Sancha de los brazos del Príncipe; luego cogió á éste por el cuello, y con horrorosa rapidez le descargó tres golpes en el pecho (1).

(1) La muerte á puñaladas que Fruela I dió por su propia mano al Infante, su hermano, es un hecho histórico é incontestable.

Cayó Bimarano sin lanzar un gemido; pero sus ojos, empañados ya con el velo de la muerte, se fijaron en el Rey.

—¡Rey... D. Fruela!...—dijo con voz agonizante ya, pero honda y lúgubre, como si saliese de un sepulcro.—¡Rey... D. Fruela!... ¡Mi sangre... será borrada con... la tuya... mas hasta el día de la venganza... estará impresa en... tu frente!...

El Rey llevó maquinalmente á sus ojos la diestra, que aún empuñaba el hierro fratricida, y una mancha roja se imprimió en su frente al tocarla su mano salpicada con la sangre del Infante.

—¡Dios te perdone... Sancha!... ¡Adiós... hijo mío!... hermanas... ¡adiós!—murmuró Bimarano, cerrando los ojos para siempre.

Fruela tomó á Sancha en sus brazos y corrió como un loco á encerrarse con ella en su cámara.

Adosinda cayó desmayada junto á la Reina, que blanca como su manto, pero serena al parecer, la sostuvo, sacándola después del calabozo con la ayuda de Antar.

Al salir de allí, un sollozo seco y profundo desgarró el pecho de Munia: sintió que las fuerzas la abandonaban, y tuvo que dejar el cuerpo de Adosinda en los brazos de Antar.

El anciano condujo á la joven hasta la cámara de la Reina, que les siguió como si fuera la estatua muda del dolor.

Mas al llegar á ella, su desesperación rompió en un llanto histérico y desgarrador.

—¡Hijos!—murmuró entre sollozos,—¡hijos míos! ¡Vais á quedar sin madre, y tenéis por padre á un verdugo maldito de Dios!...

## IX

## LA VÍCTIMA

Pasó la noche funesta en que Fruela I manchó su corona con un detestable fratricidio, y pasó también el siguiente día, triste y lluvioso, como si Dios, en su cólera, hubiera querido negar la luz del sol al castillo real de Pravia.

Ya extendía sus sombras el crepúsculo sobre los montes de Asturias, cuando la Reina salió del estupor en que parecía sumergida desde la noche anterior.

Adosinda, que al recobrar el uso de sus sentidos había encontrado á la Reina yerta é inmóvil, se apresuró á socorrerla á su vez; mas su cuidado fué inútil, y la infeliz Munia permaneció todo el día muda y exánime como la imagen del dolor.

Cerca de las dos primeras veíanse dos niños, que se entreténian en jugar sobre el grueso tapiz que cubría el pavimento.

Eran Alfonso el Casto y su hermana Jimena.

El Infante contaba ya diez años, y era alto y hermoso. La Princesa no había cumplido uno, y su angélica hermosura era un trasunto fiel de la de su tía.

La Reina se levantó y se dirigió con lento paso á una cámara inmediata, saliendo de ella pocos instantes después con un frasco de plata en la mano.

Acercóse á una mesa, y tomando una copa del mismo metal, vertió en ella parte del rojizo licor que contenía el frasco.

Mas, al llevarle á sus labios, se detuvo, y corrió hacia sus hijos, á los cuales abrazó entre sollozos.

—Llévatelos, Antar,—dijo al montañés, que inmóvil á alguna distancia la contemplaba con desconsuelo.

El anciano tomó en sus brazos á la pequeña Jimena, dió la mano á Alfonso y salió con ellos lentamente.

—¡Señora! ¡hermana mía!—exclamó Adosinda acercándose á la Reina y juntando sus manos con suplicante ademán:—¡no persistas, por Dios, en tan desesperado propósito!

—¡Es preciso!—contestó la Reina con acento triste, pero tan firme, que fácilmente se conocía por él que su resolución era hija de maduras reflexiones;—¡es preciso, Adosinda! ¡Quiero desaparecer del mundo, porque no puedo ya

ver con serena frente á ese hombre á quien amé tanto y que ahora se ha convertido á mis ojos en un monstruo manchado con la sangre de su hermano y del tuyo!

—¡Pero ese hombre, señora, ese hombre es el padre de tus hijos!—exclamó Adosinda con acento ahogado por los sollozos.—¡No te mueve á perdonarle este pensamiento!

—¡Mis hijos no tienen padre, Adosinda, ni tendrán desde hoy otra madre que tú!

—¡Y yo—murmuró Adosinda,—yo también les abandonaré bien pronto! ¿Cómo vivir en este abismo de crímenes, huérfana, sola y sin otro amparo que ese hombre á quien tú, señora, ni aun por la fuerza de tu amor puedes perdonar?

—¡Oh, no, no!—exclamó Munia retorciendo sus manos con dolor.—¡Vive para mis hijos, hermana mía! ¿Quién les queda si tú les faltas? ¡Tú puedes vivir, porque tu sangre no se ha mezclado con la del asesino; tú, ángel inocente, conservas inmaculada tu blanca corona de pureza! ¡Tú, lejos de maldecir á tu hermano, puedes alcanzar del cielo su perdón!... ¡pero yo estoy maldita, como él, y toda mi raza!

La Reina ocultó el semblante entre sus manos, y durante algunos momentos permaneció llorando.

El ruido que produjo Antar al aparecer en la estancia, le hizo levantar la cabeza; acercóse en seguida á la mesa en que estaba la copa de

plata, que contenía parte del líquido rojo del frasco, y con mano segura la llevó á sus labios.

—¡Con que no hay remedio!—exclamó Adosinda juntando las manos con profundo dolor. —¡Oh, señor! ¡Con que te voy á perder para siempre!

—¡Sí!—dijo Antar, que contemplaba impávido á Munia:—la pierdes ahora, señora; ¡pero volverás á encontrarla en el cielo!...

La Reina apuró el contenido de la copa; un instante después, palideció y se dejó caer desplomada en un sitial. Adosinda, presa de la aflicción más amarga, cayó llorando á sus plantas.

.....

.....

Pasadas cuatro horas, un jinete, cubierto de polvo y de sudor, se apeaba en lo más hondo de la quebradura de la sierra, al fin de la cual se elevaba el castillo real, como una gaviota sobre las rocas: ató su poderoso corcel de batalla á un árbol con las cadenas que le servían de bridas, y se dirigió con apresurado paso á la vivienda de los Reyes.

No obstante, pasó sin detenerse por delante de la puerta principal, y sin hacer señal alguna para que se abriese.

Era un gallardo y apuesto mancebo, cuya fisonomía alumbraba la luna pura y hermosa de aquella noche de Mayo.

Llegó, por fin, á una pequeña poterna, que abrió con una llave que sacó de su vesta, y entró, cerrando tras sí y desapareciendo como una sombra.

Ya no volvió á oírse en la sierra otro rumor que el del ruiseñor, que trinaba sus acentos de amores; el canto dulce de la desvelada y solitaria alondra, y el arrullo de las tórtolas que anidaban en los huecos de las rocas.

El caballero subió la misma escalera por la cual había huido Aurelio con el niño Bermudo, y se encontró en la estancia misma donde se lo entregó la desgraciada Munia. Cruzóla con paso firme y presuroso, pero recatado; atravesó otras tres, y llegó por fin á las habitaciones de la esposa de D. Fruela.

Pero sus pies quedaron enclavados en el umbral de la cámara, y sus labios dejaron escapar un grito agudo y penetrante.

Aquel espacioso aposento estaba alumbrado por teas de resina: en el centro y tendida en un lecho dormía el sueño eterno de la muerte la Reina de Asturias y Galicia, vestida con su blanca túnica, triste y hermosa como la imagen del amor postrero.

Arrodillada á sus pies, lloraba Adosinda, asemejándose por su actitud al ángel de las tumbas solitarias.

Al otro lado del lecho funerario permanecía inmóvil el viejo Antar, empuñando un hacha

de armas, y con el rostro sereno y bravo, pero profundamente pálido.

Aquella era toda la guardia de honor que custodiaba el cadáver de la esposa santa del Rey D. Fruela I.

Al grito que lanzó, al entrar, el caballero, volvió el semblante la Princesa.

—¡Aurelio!—exclamó tendiendo hacia él sus manos unidas.

—¡Hermana!—gritó el Príncipe lanzándose hacia ella,—¿quién ha causado la muerte de la Reina?

—D. Fruela I,—murmuró Antar en voz baja, pero con acento sombrío y profundo.

—¡No, no! ¡Dios ha sido!—exclamó entre sollozos la Princesa.

—¡Al asesinar D. Fruela al Infante Bimarano, ha asesinado de dolor á la Reina!—repitió el montañés con lúgubre voz.

—¡Muerto!!...—gritó desesperadamente Aurelio llevando sus dos manos al corazón:—¡muertos los dos!!...

Luego dió los tres pasos que le separaban de Antar, y exclamó:

—¿Dónde está Fruela?

—¡Ha huido á Cangas con la Condesa de Riveadeo!—contestó el montañés con su acento fatídico y ronco.

Aurelio besó los yertos pies de la Reina, y salió presuroso de la estancia; pero, al verle, hu-

biérase dicho que estaba ebrio: tanto era lo que hacía vacilar su paso la negra desesperación que se había apoderado de su alma de fuego.

## X

## LA ERMITA

A algunas leguas de Oviedo, y en medio de uno de los hermosos y extensos bosques que se extienden á enormes distancias de aquella alegre y feliz ciudad, había en el siglo VIII una ermita, no blanca y graciosa como las que si ven en nuestros días, sino vieja, triste y case derruida: estaba consagrada á la Madre de Dios, y á pesar de su austera sencillez, era un asilo para los pobres montañeses extraviados ó acosados por las tormentas, porque su puerta se cerraba durante muy pocas horas, y esto cuando la noche estaba ya muy avanzada:

Nadie se acordaba de la época en que se había construido la ermita: durante muchos años había permanecido cerrada; pero dos meses antes del día en que la doy á conocer á mis lectores, llegó á ella un anciano, cubierto con el tosco sayo de los montañeses de Asturias, y la abrió, encendiendo una lámpara de hierro ante

su pobre y único altar, erigido á la hermosa y pura imagen de la Virgen María, á cuyos pies se veían dos jarros de madera con flores que perfumaban aquel sagrado recinto.

El anciano lavó la iglesia y la dejó brillante de limpieza: aquel día la bendijo un sacerdote, y desde la misma noche la campana de la ermita llamó á la oración, con su clara y argentina voz, á los pastores del bosque.

Los buenos y honrados asturianos acudieron á aquel consolador llamamiento, como si fuese una emanación del cielo; y los pastores sintieron refrescadas sus frentes, que el ardor estival había calcinado durante todo el día: aquellos infelices olvidaron allí su hambre, su miseria y las vejaciones que les hacían sufrir los árabes que llegaban á sus costas en las galeras del poderoso Califa de Córdoba; y desde entonces, todos los días, al toque de la campana, acudían presurosos á la ermita á rogar al cielo que consolase sus aflicciones.

Nunca, empero, veían al encargado de cuidar de la ermita: el anciano, propietario de ella, sin oposición de nadie, salía de la iglesia para tocar la campana, y no volvía mientras permaneciese orando una sola persona; pero aquellas sencillas gentes creyeron semejante retraimiento hijo de algún voto, y pronto se olvidaron de él como se olvida el origen de un bien, si éste es tan grande que sus efectos nada

dejan que desear á nuestro egoísmo. ¡Tal es la ingratitud humana!

El anciano les franqueaba su iglesia limpia, fresca y perfumada, y ellos no pensaban en la mano bienhechora que abría á sus pobres almas aquella mansión de eterno consuelo.

Era la caída de una tarde calurosa de Junio; los postreros rayos del sol doraban ya apenas las cumbres de los altos montes de Asturias, y las colinas, cubiertas de verdor, mostraban en sus faldas bosquecillos floridos y olorosos, regados por arroyos de diáfana plata.

El guardián de la ermita se encontraba entonces en la iglesia renovando las flores del altar y animando la luz de la lámpara.

Cuando terminó su tarea, se cruzó de brazos y permaneció inmóvil y meditabundo.

—¡No!—murmuró en voz baja y como hablando consigo mismo.—¡No! es una imprudencia llevarle su hijo... un niño de diez años hablará... ¡Oh, nó, nó! ¡no quiero que la vea!

Calló el anciano y dobló sobre el pecho su cabeza, meditando de nuevo.

—Por otra parte—continuó,—ella me hizo darle palabra de que se lo llevaría... ¡Virgen de Covadonga! ¿Y cómo negárselo si se muere... si su vida se extingue como esa lámpara cuando le falta mi cuidado?

—¡Oh!—exclamó el montañés alzando al cielo sus ojos, en los cuales se pintaba un fanático

ardor.—¡Oh, Dios de justicia!—prosiguió arrojándose á los pies del altar:—¡déjala vivir hasta que luzca el día de la venganza! ¡Conserva el aliento de esa infeliz mártir hasta que la semilla que yo deposite en el corazón de Aurelio dé por fruto la muerte del verdugo y de la infame manceba origen de las desgracias de su santa esposa!...

Durante algunos instantes se agitaron los labios de aquel hombre en una oración ferviente: rogaba por la venganza del único ser que amaba, como hoy rogamos nosotros por la ventura de nuestros hijos y de nuestros padres.

—¡Sí!—dijo levantándose;—¡sí, le llevaré su hijo, y esto quizá reanimará sus abatidas fuerzas!

Al acabar de pronunciar estas palabras, abrió la puerta de una pequeña estancia contigua al altar, y penetró en ella, dulcificada ya la expresión sombría de su semblante.

## XI

### LA AGONÍA

Sentado en un arcón de roble, estaba un hermoso y robusto niño, que aparentaba doce años, aunque apenas contaba diez; sus formas gallardas eran enérgicas y desarrolladas; tenía

la tez morena; los ojos negros, grandes y pensativos; la cabellera oscura, rizada y abundante, y la boca de expresión melancólica y severa.

Era el Infante D. Alfonso, que después reinó con el nombre de *Alfonso el Casto*, y de cuyo exterior nada más digo, porque trato de presentar de lleno su figura en otra historia, escrita ya en mi mente con bastante claridad.

La soledad que le rodeaba no parecía inquietarle en lo más mínimo: al ruido que hizo el anciano que ya conocemos al abrir la puerta, alzó sus grandes ojos y le miró tranquilamente.

—¿Cuándo veré á mi madre, Antar?—preguntó sin levantarse.

Y aunque su voz era serena y reposada, vióse brillar una lágrima en sus largas pestañas.

—Cuando te plazca, señor,—contestó el anciano inclinándose con el mismo respeto que si hablase á un Monarca encanecido.

—Vamos ahora mismo,—dijo D. Alfonso poniéndose de pie con ademán resuelto.

—Antes de conducirte á la presencia de la Reina, debo hacerte una advertencia, señor,—observó Antar volviendo á inclinarse.

—Habla.

—El mundo entero cree muerta, desde hace un mes, á la Reina de Asturias y de Galicia, y un voto sagrado la obliga á permanecer oculta para siempre á los ojos de todos los vivientes, como si ya morase en el sepulcro: prométeme,

señor, no confiar á nadie el secreto de su existencia.

El niño salió á la iglesia, cuya puerta principal aún estaba cerrada para los buenos montañeses; Antar siguió á D. Alfonso y se detuvo á su lado junto al altar.

Abrió el Príncipe el libro de los Evangelios y puso sobre él su diestra blanca y hermosa, pero musculosa y fuerte como la mano de un guerrero.

—Juro—dijo con voz solemne,—juro no revelar, ni aun al Rey mi padre, ni á la Princesa mi hermana, el secreto de la existencia de la Reina, mi madre y señora, que hoy se confía á mi lealtad de caballero. Empeño mi palabra de guardar este arcano hasta el sepulcro; y si á ella falto, que Dios me castigue en su justicia según de su agrado sea.

La voz del niño resonó clara y vibrante en las bóvedas del templo: cuando terminó la fórmula de su juramento, volvió á entrar majestuosa y acompasadamente en el aposento que pocos momentos antes abandonara.

Antar abrió otra pequeña puertecilla situada en un ángulo de la estancia, y mostró al Infante una escalera mezquina, húmeda y oscura, pero por la cual, sin embargo, se lanzó el niño sin vacilar; al final de ella había un estrecho corredor tortuoso y sombrío, y en él otra escalera, que subieron igualmente, y que remataba

en una puertecilla desvencijada y carcomida.

El anciano tocó suavemente á ella, y á poco abrió una mujer, ó más bien una sombra; al ver al Infante, escapóse de su pecho un grito de júbilo, pero inmenso, indescriptible: parecía que el corazón de aquella mujer, comprimido largo tiempo hacía, se dilataba al fin con una alegría santa é infinita.

La mujer que abrió era la Reina Munia, ó hablando con más propiedad, el espectro de aquella noble y hermosa Reina que hemos conocido en otro tiempo llena de vida y juventud.

Parecía más elevada su estatura á causa de la extrema demacración de su cuerpo; una túnica blanca la cubría del cuello á los pies; sus largos cabellos negros la envolvían como en un manto de terciopelo, pero sus prolongados rizos estaban matizados con muchas hebras de plata; sus grandes y oscuros ojos se habían hundido y apagado; sus labios, tan hermosos y encarnados en más remotos días, veíanse entonces blancos como las hojas de un jazmín arrebatadas por el viento; el matiz moreno y satinado de su tez había desaparecido para dar lugar á la palidez marmórea de un cadáver, y su paso era débil y su respiración entrecortada y penosa, como la de un sér consumido por la fiebre.

El grito que al ver á su hijo le arrancara la alegría, de que se inundó su alma, aniquiló to-

das sus fuerzas: no obstante, permaneció inclinada, rodeando con sus descarnados brazos el cuello del niño, besando sus cabellos y su frente, y murmurando en voz ahogada estas breves palabras que parecían el eco de su corazón:

—¡Hijo mío!... ¡hijo mío!

El niño, de cuyos grandes y serenos ojos brotaron gruesas lágrimas, miraba á su madre con una ternura ávida é insaciable, y le devolvía sus caricias con amoroso delirio.

Dirigióse, por fin, la Reina, sin soltar á su hijo, á una tarima de madera cubierta con un paño de sayal, que le servía de cama: un gran crucifijo clavado en la pared, y debajo de él un reclinatorio y un libro de oraciones, componían todo el mueblaje de aquella reducida é ignorada celda, situada en el hueco de la torre.

—¿Dónde está tu hermana, hijo mío?—fué la primera pregunta que hizo la Reina, pero con voz tan débil que apenas podía distinguirse.

—En Pravia con la Infanta, madre mía.

—¡Oh! ¡con que Adosinda no os ha abandonado!

—No se aparta de Jimena y de mí un solo instante; pero siempre está llorando.

—¡Dichosos los mortales que aún tienen lágrimas que verter!—murmuró la Reina; y luego, alzando la voz, añadió con acento tembloroso:

—¿Y el Rey, tu padre?

—Hace mucho tiempo que no lo he visto, madre mía; mas dícese que está en Cangas.

Un ahogado gemido desgarró el pecho de la pobre penitente.

—¿Y el Infante Aurelio?

—Tampoco veo á mi tío.

La Reina dobló la cabeza y permaneció largo rato sumergida en una meditación profunda.

—Oye el último consejo y el ruego postrero de tu infeliz madre, hijo mío—dijo al fin con una voz casi ininteligible;—óyelo, y vete con Antar, porque necesito estar sola con Dios. He querido verte para pedirte que ames y ampires siempre á tu hermana Jimena, y para encomendarte que huyas, mientras vivas, de todas las demás mujeres... ¡Oh, Alfonso mío!—prosiguió Munia:—¡una mujer ha perdido á la familia entera que cobijaba el dosel de Asturias y de Galicia!... ¡una mujer ha empapado en sangre tu corona!... ¡una mujer te ha dejado sin padres!... ¡Prométeme, pues, que huirás siempre de ellas!...

—¡Te lo prometo, madre y señora mía!

—Júrame que jamás abandonarás á tu hermana.

—En el nombre de Dios, lo juro.

—¡Gracias, hijo mío!... Ahora recibe mi bendición.

El niño se arrodilló á los pies de su madre,

que le bendijo solemnemente; luego le abrió sus brazos y Alfonso se arrojó en ellos.

Pero de repente se aflojó el lazo que éstos formaban; rompióse un instante después; vaciló la Reina, y fué á caer, por último, en su duro y pobre lecho de madera.

—¡Llévate al Infante... Antar!—dijo Munia cuya agonía empezaba; y luego añadió con acento imperioso y breve:

—¡Alfonso!... ¡jura á los pies de tu madre... ser un buen... Rey de tus pueblos!...

—¡Lo juro!

—¡Gracias... hijo mio... y adiós!

En seguida incorporóse la Reina por un último y poderoso esfuerzo, y estrechó á su hijo contra su pecho: sin duda que el niño comprendió con el instinto del corazón todo el valor de aquel abrazo postrero, porque, para separarlo de su madre, fué necesario que Antar le tomase en sus brazos y le sacase fuera de aquella celda sombría.

—¿Qué tiene mi madre?—preguntó el Infante al anciano, no bien estuvieron en la estancia contigua á la iglesia.

—Tu madre, señor, se ha condenado á una vida de penitencia y á una muerte de martirio por una culpa ajena—contestó Antar con voz solemne;—tu madre es la víctima expiatoria de las culpas de otra mujer. ¡Señor, señor! ¡ruega á Dios por su alma!

Al decir estas palabras llegaban á la iglesia D. Alfonso y Antar; el niño, pálido de emoción, dobló la frente y oró largo rato con una angustia visible sólo á los ojos de Dios.

Luego se levantó, y el anciano se dirigió á la puerta de la ermita, la abrió, y dos escuderos, en cuyas vestas se veían las armas reales, rodearon al Infante, mientras un tercero le aproximaba un poderoso caballo, que montó el niño con graciosa ligereza.

Entonces hizo éste al montañés una leve y majestuosa señal de despedida, y sacando al trote su corcel, partió seguido de algunos soldados, sombrío y silencioso.

Aquella noche terrible no se borró jamás de la memoria de D. Alfonso el Casto: fué tan fiel en cumplir el juramento que hizo á la Reina, que jamás amó á mujer alguna, concentrando todo su cariño en el recuerdo de su moribunda madre.

El martirio de la Reina de Asturias y de Galicia hizo un santo del hijo engendrado en su seno por un padre asesino.....

.....

Quando el Infante desapareció á los ojos de Antar, volvió éste á la celdilla; la Reina agonizaba ya, y el montañés aproximó á sus labios el crucifijo que pendía de la pared.

Incorporóse un tanto Munia, y tomó las manos del anciano.

—¡Dios te bendiga... Antar... por el bien que... me has hecho!...—dijo con voz agonizante.

Luego imprimió sus labios en los pies del Crucificado, y cayó exánime sobre la tarima, exhalando su último suspiro.

El montañés cerró piadosamente sus ojos; la cubrió con su manto blanco, y se arrodilló para besar sus plantas.

En seguida salió de la celda y agitó la campana que convocaba á los pastores, que no tardaron en llegar.

—¡Rogad, hermanos, por un alma que Dios acaba de llamar á sí!—dijo de súbito una voz en medio de ellos.

Un ardiente y fervoroso rezo se elevó de todos los ángulos de la iglesia, y sus ecos acompañaron á la morada celeste al alma santa de la Reina mártir.

—Ahora—murmuró Antar,—sólo hay en el mundo dos esperanzas para mí... ¡La venganza... y la muerte después!...

Y subiendo de nuevo á la celdilla, se arrodilló junto al cadáver de Munia, á cuyo lado pasó orando toda la noche.

## XII

## EL VENGADOR

A la hora misma en que la Reina Munia exhalaba el último aliento, un hombre se apeaba de un brioso corcel á la puerta del castillo real de Cangas, y pedía que le permitiesen ver al Rey D. Fruela, que hacía un mes había fijado su residencia en este punto, acosado, según se afirmaba, de los remordimientos que le devoraban en Pravia, su corte, desde la muerte del Rey su padre.

En efecto: no obstante el carácter fiero de D. Fruela, era creíble este aserto, porque el castillo real de Pravia había sido testigo de dos muertes: la del Infante Bimarano, asesinado á puñaladas por el mismo Monarca, y la de la Reina Munia, muerta de dolor por tan horroroso crimen.

Nadie, empero, sabía la dura penitencia con que por espacio de un mes aniquiló su vida aquella generosa Reina, porque de su existencia, durante aquel corto plazo, sólo el fiel Antar tenía noticia: su hijo la había visto en la agonía; pero el niño no había tenido tiempo de re-